



PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

He conocido a algunos quiroprácticos y mi familia ha recurrido a ellos muchas veces, incluso de forma continuada en algunos casos. Recuerdo que un familiar tenía lo que el especialista traumatólogo calificaba de “codo de tenis”: un dolor persistente en un codo que no dejaba levantar el más mínimo peso y era causa de mucho sufrimiento, agravado por el hecho de no haber jugado al tenis ni una sola vez en la vida. El tratamiento prescrito consistía en inyecciones de anestésico (digo yo que sería) directamente en la articulación. El efecto fue prácticamente nulo durante meses, sin que se viera ninguna esperanza de que el “especialista” comprendiera lo ineficaz del tratamiento y cambiara radicalmente. Supuestamente la ciencia médica no podía arreglar este problema. Al acudir al quiropráctico, éste, con ayuda de radiografías, diagnosticó enseguida un desplazamiento en las vértebras cervicales que pinzaba un nervio clave, cuyo dolor el cerebro interpreta como proveniente del final del nervio, en este caso el codo. Elemental. En un par de sesiones el codo de tenis estaba olvidado.

Me resultó cercano el principio del tratamiento quiropráctico tal como yo lo entendí. Haciendo movimientos incorrectos, si la osamenta y los músculos que la mantienen en su sitio no soportan esos esfuerzos, los huesos se “descolocan”, es decir, sufren un movimiento relativo. Éste puede arreglarse solo, pero en ciertos casos no se produce un deslizamiento a la posición original debido a la tensión que los ligamentos imponen para, precisamente, impedir estos movimientos relativos. El quiropráctico conoce posturas especiales y manipulaciones (técnicamente denominadas “ajustes”) que devuelven a los huesos su posición relativa original, en particular aliviando la

presión que un desplazamiento de las vértebras produce sobre los innumerables nervios que salen entre ellas. Un método tan directo y mecánico tiene un inmediato eco en la mente de un ingeniero, acostumbrados como estamos a tratar con sistemas menos complejos que el cuerpo humano. La cirugía, para nosotros, está clara: el apéndice está infectado, se corta lo que sobra y se cose el resto; la radioterapia también: se bombardean las zonas cancerosas con radiación ionizante que destruye las células, proporcionalmente más las que están en proceso de división – o sea, muchas más células cancerosas que normales. Asimismo, los quiroprácticos colocan los huesos desplazados como estaban, se alivia la presión en los nervios, asunto concluido (una vez, claro, que las inflamaciones de los nervios se alivian y los ligamentos vuelven a su posición normal). Para los ingenieros hay mucho misterio en la medicina, y el hecho de que todas las terapias químicas tengan tantos efectos secundarios o incluso nocivos nos hace añorar las relaciones relativamente sencillas que nosotros utilizamos para nuestro oficio, entre la dilatación y la temperatura, la corriente y el voltaje, el esfuerzo y la deformación, la energía cinética y la potencial.

Tengo que reconocer que inicialmente, sin embargo, y antes de explicarme los principios, me asaltó la duda, no fuéramos a estar ante un tipo de curanderismo. Mis padres me dijeron que el quiropráctico al que ellos iban tenía la carrera de medicina y ya no pregunté más. En otro caso a lo mejor hubiera durado mi posición crítica más tiempo. Sin embargo, he comprendido después (especialmente leyendo este libro) que la situación no es en absoluto tan clara. En mi caso, no nos debimos entender porque lo que me estaban intentando

explicar era que el quiropráctico “tenía una carrera similar a la de medicina”. El caso es que quedé convencido de la seriedad de ese señor y de la seguridad de sus “ajustes”. De hecho, un par de veces que tuve problemas de desplazamiento de vértebras lumbares acudí al tratamiento yo mismo. Por lo tanto, cuando mi madre tuvo una lesión de lumbago muy aguda que la incapacitaba para moverse de la cama, vi normal que en cuanto pudo fuera al quiropráctico –entró en un grito y salió andando normalmente–. Y doy fe de que la cosa no era psicológica. Ni se le pasó por la mente ir a un hospital a que le inyectaran cosas o que la abrieran en canal para recolocarle los discos intervertebrales.

Leo en este libro con cierta sorpresa (aunque bien mirado y una vez conocida la historia era lógico) que ha habido verdaderas guerras corporativistas entre los médicos y los quiroprácticos. Lo que yo pensaba que era una rama imprescindible de la medicina resulta que en realidad es una carrera aparte que solamente en pocos países está ya reconocida por

las autoridades sanitarias. Me parece una barbaridad que haya países del mundo en donde no se permita a la gente disfrutar de un tratamiento rápido y efectivo contra dolencias típicas de la persona sedentaria, como son ciertos dolores de espalda o causados por problemas de espalda. Por otra parte, creo que prefiero acudir a especialistas con un conocimiento general bueno del cuerpo humano, que de verdad sepan leer radiografías y, sobre todo, detectar dolencias que no son de su competencia y referir a otro especialista. Estoy seguro de que es posible llegar a definir un conjunto de reglas que permitan a las personas recibir estos tratamientos con las garantías que todos exigimos de los que tratan con nuestra salud o la de nuestras familias. Por lo que parece, la solución está próxima y creo que la gente con dolores de espalda, que somos todos en un momento u otro, se lo merece.

*Pedro Duque, Ingeniero Aeronáutico
Astronauta de la Agencia Europea del Espacio*

